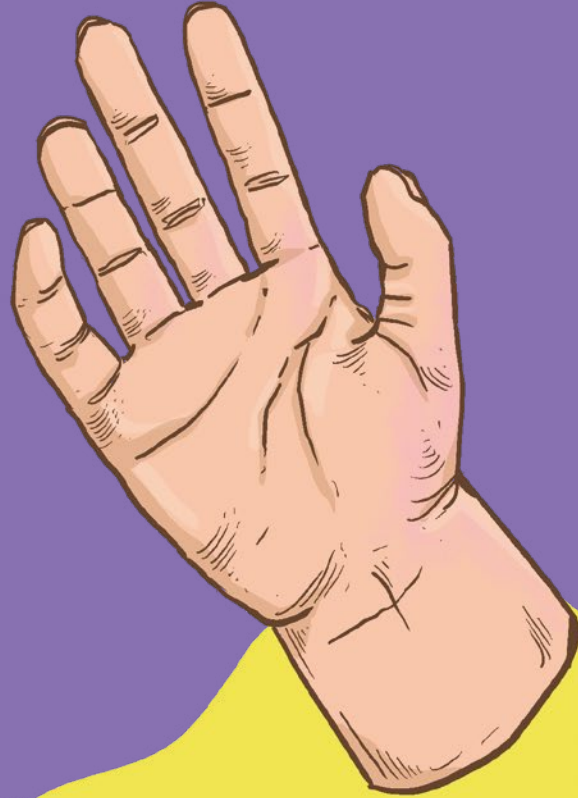


Investigación al servicio de la sociedad

CAP 1 | EDICIÓN 1 | FEB • 2022



VIOLENCIA DE GÉNERO, LA EPIDEMIA PERSISTENTE EN LA SOCIEDAD COLOMBIANA

Cinco estudiantes de la Universidad del Rosario han tenido que lidiar con esta problemática de maneras diferentes. Sus historias muestran las dificultades que seguimos enfrentando. Ellos hacen parte de los cimientos de una Colombia mejor.

POR KAREN PINTO GARZÓN

Ser mujer en Colombia es todavía un camino lleno de desventajas, limitaciones e incluso de problemas, a pesar de los esfuerzos de instituciones gubernamentales, privadas y ONG.

Muchas personas valientes han decidido combatir esa circunstancia, pero todavía se enfrentan a múltiples tipos de violencia de género que parecen epidemias imposibles de controlar.

Se trata de una condición normalizada por una sociedad vertical y patriarcal marcada por una guerra de más de medio siglo que no termina de esfumarse. Pero en términos de habilidades, capacidades, conocimientos, deberes y derechos... desde cualquier ángulo que se le mire, la violencia de género no es algo normal.

Cinco estudiantes de la Universidad del Rosario han tenido que lidiar con esa problemática de maneras diferentes. Son cinco historias que muestran las dificultades que aún enfrentamos como sociedad para aceptar el lugar que la mujer tiene en el desarrollo del país y del mundo. Pero también son la prueba de que es posible triunfar a pesar de pertenecer a familias disgregadas, de no disponer de los medios económicos para pagar los estudios o de ser víctimas de los diferentes males de una sociedad marcada por la violencia.

Ellos hacen parte de los cimientos de una Colombia mejor.

La delgada línea entre darse por vencido o luchar

“Estuve a punto de suicidarme”. Con esa frase llena de dolor y de incógnitas empieza la historia de Mariana Mesa.

¿Por qué alguien que aparentemente lo tiene todo estaría dispuesta a quitarse la vida? Es estudiante de Artes Liberales en Ciencias Sociales, así como de Periodismo y Opinión Pública en la Universidad del Rosario. Habla de una forma tan segura de sí misma que pareciera que nunca ha pasado por momentos tan dolorosos y desesperantes, a tal punto de haber pensado seriamente en la salida más extrema de todas.

Tiene varios motivos. Todos están relacionados directa o indirectamente con los roles de género que la sociedad obliga a cumplir. Detrás de la idea de hombres y mujeres perfectos, ceñidos en comportamientos idealizados, hay millones de personas que sufren en silencio. Mariana es una. Ella ha sido una víctima más de la homofobia. Cuando tenía 12 años descubrió que “no le gustaban los niños” y, a partir de ahí, comenzó una historia de rechazo y sufrimiento.

Ella misma tenía miedo de contárselo a los demás y recriminaba su sexualidad en medio de un ambiente plagado de estereotipos: “A los 15 años, mi mejor amiga me preguntó si era gay y le dije que no sabía. Era un constante ir y venir”, recuerda.

Cuando tenía 16 años por fin decidió decírselo a alguien de su familia, aunque sabía que eso podría llevar a una “situación alarmante”, al menos con los familiares por parte de su padre, porque eran “muy



↑ **Durante su primer año de estudio, Mariana Mesa**

ingresó al Grupo Rosarista de Interés en las Identidades Sexuales y de Género (GRIIS), cuyo objetivo es ayudar a los estudiantes que estén pasando problemas o depresión a causa de las diversas formas de violencia de género. “A mí, GRIIS me salvó la vida”, dice con una seguridad diáfana.

conservadores”. No le contó a su mamá ni a su papá —que estaban separados desde que ella tenía dos años—, sino a su madrina, quien entonces vivía en el extranjero. Cuando se lo dijo, ella reaccionó de la mejor forma, así que su respuesta le dio valor a Mariana para contárselo a sus padres.

Primero le dijo a su madre, que cuando lo supo le mostró cariño. Lejos de recriminarle, le dolió “que no se lo haya dicho antes”. Pero con su padre fue diferente, porque a él “no le gustaba” esa realidad. No la aceptaba al principio y eso hizo que su primera reacción fuera de rechazo. Entonces las palabras más duras salieron de una de las personas que más ama, en el momento menos indicado.

| Sin salida

En su entorno estudiantil tampoco era aceptada. Fue víctima de *bullying* por una enfermedad que sufre, llamada displasia fibrosa polioestótica (un trastorno del crecimiento óseo), y que se notaba más cuando era niña: “Tenía un ojo más abajo que otro y por eso me llamaban Quasimodo. Tuve varios conflictos muy complejos”.

Más adelante, a medida que crecía, también encontró cierta distancia en su entorno por ser homosexual: “Era una adolescente ho-

mossexual y somos mucho más vulnerables. Me sentía sola. Nunca conocí a nadie gay hasta que entré a la universidad”, menciona.

Su pubertad se desarrolló en un ambiente de desprecio e incertidumbre. Pero fue fuerte, inteligente y consciente. Sabía que lo que pasaba también lo podían vivir miles de colombianos, así que desde los 15 años, sin saberlo en ese entonces, hace activismo de género, por ejemplo, a través de Twitter.

En medio de una guerra interna y externa que no podía superar, la depresión que sufría la llevó a autolesionarse cuando estaba en el colegio. A pesar de que su padre sabía sobre la sexualidad de Mariana, “la verificación de que era homosexual llegó cuando salía con mujeres”, y así empezó un proceso complejo de aceptación de su hija. “Mi relación sentimental actual ha hecho que él se dé cuenta de que somos personas normales”, menciona. Ahora tienen “una relación muy buena, aunque sigue siendo un hombre muy conservador”. Su padre cambió su opinión sobre ella y, en cierta medida, eso fue de gran ayuda.

Pero su tortuoso camino no terminó. Cuando se graduó, ingresó a otra universidad de la capital a estudiar Derecho, y esperaba que esa etapa fuera mejor. No fue así: a su lucha contra la discriminación generalizada se sumaba el estrés que le causaba “no entender nada”, porque se dio cuenta de que estaba en el lugar equivocado: “No me gustaba la carrera y mis padres estaban haciendo un gran esfuerzo por pagar una universidad privada”, por lo que sufría desmayos en el campus universitario.

Así que empezó a buscar otras opciones y fue así como llegó hasta donde está ahora: en la Universidad del Rosario, donde empezó a cambiar su situación desde 2018.

Otra oportunidad

Durante su primer año de estudio todo comenzó a tomar forma gracias a su ingreso al Grupo Rosarista de Interés en las Identidades Sexuales y de Género (GRIIS), cuyo objetivo es ayudar a los estudiantes que tengan problemas o depresión a causa de diversas formas de violencia de género. “A mí, GRIIS me salvó la vida”, dice

SU PADRE NO LA ACEPTABA AL PRINCIPIO Y ESO HIZO QUE SU PRIMERA REACCIÓN FUERA DE RECHAZO. ENTONCES LAS PALABRAS MÁS DURAS SALIERON DE UNA DE LAS PERSONAS QUE MÁS AMA, EN EL MOMENTO MENOS INDICADO.

Mariana con una seguridad diáfana. Si no hubiera ingresado, “lo más probable es que fuera una cifra más”, porque, hasta ese entonces, la intención de quitarse la vida “no se iba”.

Ese año estuvo en una relación sentimental “muy tóxica”, paralelamente tenía un grupo de amigos que eran “mala influencia” y, sobre todo, todavía no era consciente de que ella misma tenía que ayudarse para salir de esa nube negra en la que estuvo atrapada por años. El cambio empezó gracias al apoyo que encontró en GRIIS y a sus ganas por ayudar a otras personas; ahora es corresponsable de ese grupo.

Su mayor logro en la directiva “ha sido dejar un poco de lado la academia y fortalecer el activismo para impulsarlo más como un grupo de apoyo”. Además de su experiencia personal, Mariana se ha enfrentado a casos de suicidios de personas cercanas, por ello ha considerado indispensable ese tipo de servicio en la universidad. Así, durante la cuarentena estricta por la pandemia, formó parte del grupo de trabajo que impulsó un curso de apoyo psicológico impartido en línea, en convenio con UR Emotion y el apoyo de varias psicólogas.

Esas iniciativas, junto con hacer lo que le gustaba, le dieron propósito a su vida universitaria. Al tiempo que se esforzaba en la academia y en GRIIS, se dio cuenta de que para superar completamente sus problemas, “se necesita ayuda profesional, terapia y medicamentos, no solo echarle ganas”.

“Desde 2020 estoy con una psicoterapeuta que me ha ayudado muchísimo. Yo no sabía lo que significaba vivir. Hay que estar abiertos a hacer cambios”. Mariana cuenta que ahora está mejor, aunque no “completamente bien, porque la depresión es una enfermedad que no se cura, se trata”. En ese proceso de recuperación ha sido





muy importante su grupo de apoyo conformado por su familia, amigos y su novia actual —a quien conoció en GRIIS—, una estudiante rosarista de Ciencia Política.

De la utopía a la realidad

Otra persona ha sido clave en la recuperación de Mariana: su amigo Luis Francisco García. Él ha sido un gran apoyo y salvó la vida de su mejor amiga cuando intentó suicidarse; Mariana lo llamó en el momento de crisis, y él prácticamente la obligó a ir a urgencias. Luis Francisco es estudiante de Medicina en la Universidad del Rosario y forma parte de GRIIS desde 2015, ha sido dirigente durante dos años y, según indica Mariana, es como un ‘padre’ para muchos del grupo por su constante guía.

Él nunca ha sufrido directamente ningún tipo de violencia de género, pero eso no ha sido necesario para trabajar de forma activa por los derechos de los demás. “Mi interés ha sido establecer espacios de participación estudiantil en donde se pueda formar acerca de temáticas relacionadas con el género, y capacitar sobre la diversidad sexual y las políticas públicas LGBTIQ+ (Lesbianas, Gais, Bisexuales, Transgénero, Intersex, Queer y otras identidades no incluidas en las an-

↓ **Luis Francisco García es estudiante de Medicina** de la Universidad del Rosario y forma parte de GRIIS desde 2015, ha sido dirigente durante dos años y, según indica Mariana, es como un ‘padre’ para muchos del grupo por su constante guía.

teriores). Además, he logrado que GRIIS sea un espacio seguro y capaz de fungir como apoyo a todas las personas que así lo requieran, dentro o fuera de la universidad”.

Su trabajo no se limita a actividades universitarias como estudiante de décimo semestre, ya que ejerce su profesión en otros municipios, y esa labor está estrechamente vinculada a sus principios, porque para él “la medicina es una acción de servicio”.

La sensibilidad que ofrece a los demás también se ve reflejada en la música. Es violinista y perteneció durante nueve años a la Orquesta Sinfónica Juvenil Nacional. Parece que la medicina de él es precisamente la música. Para desahogarse y relajarse canta y toca en su casa. Es su pasión desde que tiene uso de memoria, pues toca instrumentos desde que era un niño. Este joven tiene jornadas de trabajo extenuantes, que compagina con el estudio y, además, con su liderazgo en GRIIS.

A pesar de todas sus labores, Luis Francisco saca tiempo para todo: ha ayudado a muchas personas —algunas han sufrido violencia sexual—, quienes han llegado a GRIIS, donde reciben apoyo psicológico o legal. Pero para que esto no quede en un espacio extracurricular impulsado solo por los estudiantes, siempre ha buscado la “inserción de este tema en la academia y la reivindicación de los derechos a través de programas de capacitación y una participación activa”.

En los argumentos que justifican su discurso utiliza palabras crudas, pero reales: “Lamentablemente vivimos en una sociedad violenta machista, donde el valor de las personas se basa en sus genitales. Tristemente, el valor de la mujer ha sido relegado a un segundo lugar”, dice Francisco, quien ha tenido el ‘privilegio’ de criarse con mujeres que le enseñaron que todos valemos “exactamente lo mismo”. Ahora él enseña eso. Transmite su carácter crítico a todos y en cualquier espacio, y ayuda con amor y dedicación a todo aquel que haya pasado por una epidemia que acecha a todos: la violencia de género.

Algo queda muy claro al finalizar estas palabras: los jóvenes rosaristas no son ‘gomelos’ o ‘niños de papi y mami’ aislados de la realidad colombiana. Tienen la necesidad y la fortaleza de enfrentar sus retos individuales y también los del país. Luchan en primera línea de batalla para combatir el machismo, la desigualdad y la pobreza en una nación donde colisionan muchos problemas, pero que cuenta con jóvenes como ellos: inteligentes, soñadores y sensibles con su entorno. Tienen la intención de fortalecer los derechos humanos y los valores más nobles, convierten lo que parece ser una utopía en una realidad.

La emancipación de una joven a través de la gestión y la ciencia

Laura María Eslava Claros tiene los dos apellidos de su madre. Hace poco decidió eliminar legalmente su apellido paterno porque no se sentía representada por quien estuvo ausente la mayor parte de su vida. Su mamá la crio prácticamente sola.

Parece que la vida misma la hizo fuerte, juiciosa y soñadora. Desde que tiene memoria, a Laura la atraen los libros, y conforme crecía la atrapó un deseo de descubrir de dónde venimos y de conocer la historia a través de la paleontología. Sus aficiones parecían más las de una adulta que las de una niña, en medio de una infancia carente de un vínculo con su padre.

Esos pasatiempos ayudaron a que se convirtiera en una persona centrada y quizás también introvertida y con pocos amigos. Pero a mitad de su carrera universitaria, sin siquiera buscarlo, rompió ese caparazón. Gracias a su madre y al apoyo de su familia, Laura ha recibido una formación de alta calidad que le permitió ganar una beca para estudiar la carrera de Biología en la Universidad del Rosario, lo que supuso un giro radical en su vida personal.

Actualmente, Laura cursa el séptimo semestre y su trayectoria académica la llevó a ser la vicepresidente del Consejo Estudiantil de Ciencias Naturales y Matemáticas, un cargo que no quería al principio por su temor a liderar, alimentado por su timidez y por las ocupaciones que tenía.

“Me he forzado a mí misma a meterme a más actividades. Antes era muy tímida, nunca me había lanzado a algo

“ME HE FORZADO A MÍ MISMA A METERME A MÁS ACTIVIDADES. ANTES ERA MUY TÍMIDA, NUNCA ME HABÍA LANZADO A ALGO COMO REPRESENTANTE DEL CONSEJO Y ME DABA MIEDO DE QUE FUERA ALGO PESADO. PERO ESE ESPACIO ME AYUDÓ MUCHO. A PESAR DE SER MUY DEMANDANTE, TAMBIÉN ME HIZO MÁS SOCIABLE”, ASEGURA LAURA.



↑ **Laura Eslava ha impulsado diferentes actividades de integración**, como los (Tea)chers, que son reuniones o conferencias para conocer mejor a los profesores e incentivar la socialización entre los estudiantes.





LAURA ES OBJETIVA. NO QUIERE MÁS PARA LAS MUJERES NI MENOS PARA LOS HOMBRES.

ELLA ES NEUTRAL:
“ASÍ DEBERÍA SER
LA SOCIEDAD.
LAS MUJERES
CIENTÍFICAS
APORTAN IGUAL QUE
LOS HOMBRES, SOLO
QUE EN MUCHAS
OCASIONES NO SE
LES HA DADO EL
ESPACIO”.

como representante del Consejo y me daba miedo de que fuera algo pesado. Pero ese espacio me ayudó mucho. A pesar de ser muy demandante, también me hizo más sociable. Me ayudó a acercarme a otros compañeros y a proponer proyectos de apoyo social”, asegura.

A partir de su ingreso al Consejo, en cuarto semestre, su proceso de empoderamiento fue imparable. Allí consiguió el espacio y apoyo para demostrar que tenía muy buenas ideas.

Antes veía con ojos de impotencia las injusticias por las que su madre y ella misma habían pasado, haciéndose cada vez más crítica contra todo tipo de violencia o falta de equidad. Ahora se siente orgullosa de haber impulsado programas como el Mecanismo de Acción y Bienestar, que ayuda a los estudiantes que han sufrido violencia de género o pasan por algún problema de salud mental.

Laura es objetiva. No quiere más para las mujeres ni menos para los hombres. Ella es neutral: “Así debería ser la sociedad. Las mujeres científicas aportan igual que los hombres, solo que en muchas ocasiones no se les ha dado el espacio”. Su vida y pensamiento ya no pueden desligarse de la ciencia. Siempre le ha gustado investigar, y la Universidad del Rosario le ha abierto ese espacio: ha formado parte de algunos semilleros o de procesos de investigación, como apoyo en tesis de maestría.

Además, ha impulsado diferentes actividades de integración, como los *Teachers*, que son reuniones o conferencias para conocer mejor a los profesores e incentivar la socialización entre los estudiantes: “Estas actividades son importantes porque uno va a la universidad para aprender, pero también para formar habilidades personales. Conocer el entorno e integrarse es parte de la experiencia universitaria”.

En línea con ese pensamiento, a Laura le parece importante no dejar solos a los estudiantes en estos tiempos de pandemia del coronavirus, por lo que en 2019 lideró un convenio con una empresa para la recepción de clases de yoga en línea.

Así, en medio de innumerables tareas y reuniones, coordina su camino académico con el de la gestión y siempre con un foco claro: la equidad, porque es consciente de que todavía hay “mu-cha discriminación y roles impuestos por la sociedad”. Incluso

teme que la violencia hacia la mujer se haya disparado durante la Covid-19. Y tiene razón. El Observatorio Colombiano de las Mujeres indica que las denuncias por violencia intrafamiliar aumentaron en un 228 % durante los primeros meses de 2020 en Colombia, y ese mismo año fueron asesinadas 5.411 mujeres más que en 2019 (en total, 94.270), según la Fiscalía General de la Nación.

Laura incluso cree que desde la justicia colombiana hay inequidad, al menos eso percibe a partir de su propia experiencia. Años atrás, la ley “nunca favoreció” a su madre en su constante lucha por exigirle a su padre los aportes económicos que le correspondía pagar. Por el contrario, las resoluciones siempre pretendían indicar que “su papá no tenía la culpa” y que “si le daba algo tenía que ir con él”, aun sin querer hacerlo.

Está claro que el machismo no solo atraviesa hogares, calles y tribunales del país, sino también espacios profesionales y académicos. En Colombia se calculan altos índices de brecha salarial entre hombres y mujeres, por ejemplo, las profesionales del país ganan un 23,9 % menos y los sueldos de las mujeres con posgrado son inferiores en un 22,9 % a los de los hombres, según el último informe del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE).

Pese a esas cifras desalentadoras, Laura es optimista. Dice que a través de la educación es posible cambiar el ‘chip machista’ de gran parte de la sociedad colombiana: “Es un tema cultural y de educación. Uno de los retos más grandes es cambiar la percepción, porque hay un trato diferente y, por supuesto, la mujer científica no está exenta de esa inequidad”. Por eso, seguirá los caminos de la academia y la investigación que tanto le apasionan. Lo tiene claro: “En la ciencia, el género no es relevante”.

La masculinidad tóxica que acorrala a los hombres desde muy temprana edad

↓ Ayudar a los demás ha impactado positivamente

la vida personal de Alejandro Ortiz y también las de su mamá (en la foto) y hermana, porque todo lo que hace es también para la felicidad de ellas.



Alejandro Ortiz es uno más de los 5,6 millones de víctimas desplazadas por el conflicto armado en Colombia,

según cifras de 2020 del Observatorio Global del Desplazamiento Interno. Cuando era tan solo un bebé, su madre y él fueron desplazados del departamento del Tolima, y a partir de ahí empezó su historia en Bogotá.

Siempre ha vivido con su madre y su hermana, y esa convivencia ha hecho de Alejandro un hombre más sensible, aunque,

como indica, vulnerable por “la masculinidad tóxica” que el machismo ha cimentado en la sociedad. Él siempre ha sido más sensible a su entorno: “Nunca me gustó el fútbol. Algo que recuerdo mucho es que los niños de primaria eran muy hostiles para interactuar con los demás niños. No me sentía a gusto con ese tipo de actitudes, no tenía amigos y sentía que me trataban mal”, dice.

Sufrió durante gran parte de su infancia. Estuvo aislado porque no entendía el mundo desde una perspectiva patriarcal, al crecer en un hogar completamente contrario a esa idea, hasta que en el bachillerato experimentó una metamorfosis: “El desprecio me hizo más fuerte. Me di cuenta de que tenía muchas habilidades sociales”. Sin cambiar una sutil personalidad que proyectaba todo lo que hacía, Alejandro empezó a integrarse en grupos de representación estudiantil y a tener amigos, siendo él mismo.

Cuando era un niño, no “era consciente” de todo lo que había pasado, pero transformó su baja autoestima en seguridad. Entendió que él no era el que hacía algo malo; más bien, era la violencia de su entorno al discriminarlo. Por ello, Alejandro agradece haberse forjado como un hombre emotivo y, sobre todo, agradece ser consciente de que la sociedad necesita evolucionar.

Él mismo se considera feminista. Ha visto de cerca las injusticias hacia las mujeres de las manos de su mamá y hermana: “He notado el machismo en contra de mis familiares y mis compañeras de la universidad. Es molesto y lo he visto de una forma muy clara”.

Pero esa realidad afecta a todos. Alejandro también ha vivido el machismo en carne propia. “Los hombres también nos





vemos afectados”, asegura, por el hecho de tener que “fingir comportamientos o gustos para ser aceptados”. Porque a menudo se piensa que si un hombre es delicado se debe a que es homosexual, y ese es otro motivo para ser juzgado.

La masculinidad tradicional es también una de las consecuencias del machismo, que todavía fluyen por las venas de la sociedad colombiana. Atraviesa las esferas políticas e institucionales —a día de hoy, solo dos de las 32 gobernaciones de departamentos son lideradas por mujeres—, pasa por los hogares —cuyos padres de familia se ven atrapados en un rol basado en el aporte económico— y llega hasta los centros educativos, donde los niños y jóvenes tienen que fingir comportamientos “masculinos”. Sin duda, el estereotipo de ‘macho’ es otro efecto corrosivo de un mal persistente en el país.

Sin embargo, emerge una contracorriente que intenta desvanecer la desigualdad a todos los niveles. Gran parte de ese cambio se consigue desde los espacios universitarios, gracias a jóvenes como Alejandro. Él es miembro activo de la Clínica contra la Violencia Intrafamiliar y de Género (VIG) y de la Clínica Víctimas y Construcción de Paz (VICO-PAZ), ambas vinculadas a la Universidad del Rosario, desde donde ha conseguido ayudar a muchas personas: primero, a partir de la perspectiva legal, al ofrecer asesoría jurídica a las víctimas de violencia de género; y segundo, desde un ámbito muy personal, al hablar directamente con los afectados para brindarles apoyo emocional.

Encontrarse con historias desgarradoras de mujeres que han sido violen-



“NUNCA ME GUSTÓ EL FÚTBOL. ALGO QUE RECUERDO MUCHO ES QUE LOS NIÑOS DE PRIMARIA ERAN MUY HOSTILES PARA INTERACTUAR CON LOS DEMÁS NIÑOS. NO ME SENTÍA A GUSTO CON ESE TIPO DE ACTITUDES, NO TENÍA AMIGOS Y SENTÍA QUE ME TRATABAN MAL”, DICE ALEJANDRO ORTIZ.

tadas de diversas formas y con miembros de la comunidad LGBTIQ+ que han sufrido maltrato es impactante, pero ayudarles es muy gratificante, comenta Alejandro. Se siente bien haciéndolo y cree que ese es su mejor aporte para el cambio. Según él, ha sido “muy difícil y hasta el momento demandante” combinar esos espacios de trabajo con el estudio, porque a lo largo de su carrera universitaria, además, ha pertenecido a otros grupos estudiantiles, como la Sociedad de Debate de la Universidad del Rosario y el Consejo Estudiantil de Jurisprudencia, en calidad de vocal.

Ahora, cuando cursa décimo semestre de Jurisprudencia, financiado desde el principio con una beca otorgada por el Ministerio de Educación, puede hacer un recuento de las diversas iniciativas que ha realizado a favor de los demás a lo largo de su trayectoria.

Una de las más importantes es su aporte en la redacción de la *Acción Pública de Inconstitucionalidad del artículo 421 del Código Civil*, que tiene el objetivo de proteger los derechos patrimoniales de las mujeres. También es parte del proyecto de investigación *Economía del cuidado y trabajo no remunerado: aproximaciones de la violencia patrimonial hacia la mujer*, liderado por la profesora rosarista Karol Martínez, que busca cuantificar el tiempo que las mujeres destinan al hogar, con el fin de contribuir con datos al debate de la economía del cuidado; es decir, al trabajo no remunerado que se realiza en casa.

Esos espacios de extenuante trabajo lo han ayudado tanto a él, como él a los demás: “Dentro de la VIG hay compañeras que me ayudan mucho. En ningún punto me he sentido abandonado”. Su familia, amigas y

novia han sido su soporte fundamental porque su recorrido universitario no ha sido nada fácil, y él mismo se puso cada vez más retos que le permitieron madurar y crecer profesionalmente. Ayudar a los demás ha impactado positivamente su vida personal y también las de su mamá y hermana, porque todo lo que hace es también para la felicidad de ellas.

La historia de una vida que gira en torno a la ciencia, el ballet y el machismo

La violencia de género, sin duda, ataca a todos y se presenta de diferentes formas, interviene hasta en actos que parecen inofensivos, como algunos comentarios que, continuamente, afectan a cualquiera.

Eso le pasó a **Manuela Acosta**, estudiante de Matemáticas Aplicadas y Ciencias de la Computación (MACC) en la Universidad del Rosario y bailarina semiprofesional: “Cuando me preguntan qué carrera estudio y les respondo, se sorprenden. Me dicen ‘tienes cara de otra carrera’”. En otras palabras, le dan a entender que como es bonita, no puede estudiar una carrera como MACC. Suponen que no es inteligente por su belleza física, otro efecto que enmarca a la mujer con estereotipos que resultan ser ofensivos y dañinos.

Manuela reconoce que se encuentra reiteradamente con frases empapadas de estereotipos, y agradece no haber sufrido otras formas de violencia más fuertes. Pero el menosprecio por lo que hace, vinculado a su físico, no es poco. Afecta de muchas maneras a mujeres que han sido capaces de llegar lejos por sus méritos y que, sin embargo, reciben adjetivos como ‘regaladas’ o ‘fáciles’ en entornos estudiantiles y laborales.

Ella combate esa discriminación con el ejemplo: en 2019 ganó la primera Beca de Excelencia Mujeres MACC por su alto rendimiento académico. Le otorgaron el costo total de la matrícula de ese periodo académico y se vinculará como practican-



↑ **Manuela reconoce que se encuentra reiteradamente** con frases empapadas de estereotipos, y agradece no haber sufrido otras formas de violencia más fuertes.

te a Telefónica Movistar, donde desarrollará tareas “vinculadas al análisis de datos e inteligencia artificial”. Lo logró al dedicar la mayor parte de su día a las actividades y tareas de su carrera. Pero todavía le queda tiempo para hacer más. Todas las semanas no solo practica ballet varias horas, sino que también lo enseña. Es profesora de las niñas que estudian en la misma academia que ella, cuyo sueño es ser bailarinas profesionales. No le pagan directamente por impartir esas clases, pero a cambio no le cobran las horas de entrenamiento que recibe.

De una forma acelerada, al empezar todos sus días a las 6:00 a.m., incluso durante la pandemia, Manuela, con 20 años, combina sus dos pasiones (la investigación y el baile) a base de disciplina. “Puedo ayudar demostrando que las mujeres somos capaces de todo lo que nos proponamos y que no importa qué tan difícil sea. Lo vamos a hacer. Quiero transmitir que sí es posible”. Como joven investigadora afirma: “A lo largo de los años no se ha visibilizado el papel de la mujer en la ciencia, aunque eso está cambiando; me parece chévere que la universidad impulse a las mujeres en la ciencia, la beca es una gran motivación. El hecho de que haya muchas profesoras rosaristas que han logrado grandes cosas es motivador. Tanto profesores como profesoras buscan la igualdad”.

Manuela tiene muchos sueños y metas por cumplir. Cuando se gradúe quisiera hacer una especialización en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT, por sus siglas en inglés), uno de los mejores centros educativos del mundo. Nunca dejará el ballet, bailará hasta que su cuerpo lo permita. Continuará en la lucha por sus objetivos mientras vive como cualquier otra joven, disfrutando con sus amigos la mejor etapa de su vida. ^{CS}